

# EL PROGRAMA OCULTO DE LA EDUCACION PERMANENTE

por ANDRE GORZ

## I

El propósito confesado de la formación permanente es volver accesibles nuevos conocimientos a todos aquellos que puedan necesitarlos, cualquiera que sea su edad. Pero tan pronto como se dice eso, se plantea la pregunta: ¿quién decidirá si tenemos necesidad de conocimientos y de calificaciones nuevos? ¿Podemos acaso decir: “deseo hacer tal o tal cosa, deseo aprender tales y tales cosas”? ¿La formación permanente de los adultos tiende acaso a desescolarizar nuestra relación con el aprendizaje, el trabajo y la sociedad? ¿Sirve para volvernos amos de la naturaleza, del sentido y el propósito de nuestro trabajo? Para responder a esas preguntas, comencemos por recordar la diferencia fundamental entre el aprendizaje escolar y el aprendizaje desescolarizado.

Según Iván Illich, las características esenciales de la enseñanza escolar son:

1) El saber se separa de la vida y de la práctica, tanto en el espacio como en el tiempo;

2) El saber y su transmisión son el monopolio institucional de los profesores diplomados y de los establecimientos patentados. Sólo ellos pueden, mediante los diplomas, dar acceso a los empleos calificados;

3) Los profesores se reúnen por grupos de edad y son tratados como menores hasta que hayan cumplido la duración preestablecida del programa de enseñanza preestablecido;

4) La función principal de la escuela no es tanto transmitir un saber y unas calificaciones (no hacen falta escuelas para eso, al contrario) sino transmitirlos de manera que:

a) se socialicen los individuos para que entren sin mucha pena en uno de los “numerosos pequeños alveolos”<sup>1</sup> que una sociedad jerarquizada les ha preparado;

b) los profesores estén convencidos que los que adquieren grandes cantidades de saber homo-

logado (cualquiera que sea, por lo demás, su utilidad o inutilidad) valen más que los otros y por lo tanto merecen un rango social privilegiado;

c) se cuide la escasez de los diplomas: sólo unas calificaciones escasas pueden conferir privilegios. Con este fin, la escuela recurrirá a métodos de enseñanza y a criterios de calificación que privilegian a los individuos originarios de medios privilegiados y permiten así reproducir la estructura de clases de la sociedad.

Illich llama “programa oculto de la escolarización” a las características citadas en los párrafos 2) y 4). Desescolarizar significa ante todo permitir que las personas “se liberen del programa oculto que constituye la presencia obligatoria en los cursos de profesores diplomados” y de los “fundamentos ocultos de una sociedad escolarizada”.

Tratemos ahora de definir las características y las condiciones de un aprendizaje desescolarizado, aplicable a “la educación de los adultos”:

1) Aprender, vivir y trabajar siempre van juntos: el trabajo que hacemos nos proporciona la continua necesidad de aprender y lo que aprendemos nos permite volver nuestro trabajo cada vez más satisfactorio en su naturaleza y su alcance;

2) El saber es accesible para todos, lo cual quiere decir: los conocimientos y las calificaciones “no resultan ya de enseñanzas institucionales conformes a fines institucionales”. “Las instituciones educativas —si es que se las necesitan— toman de preferencia la forma de centros polivalentes” (talleres, laboratorios, bibliotecas, etc.) en donde cualquier persona puede adquirir las calificaciones que desee, con o sin la ayuda de personas dispuestas a compartir sus conocimientos;

3) la enseñanza y el estudio de tiempo completo son abolidos. Se reconoce el derecho de los adultos a aprender y el derecho de los niños a trabajar. Personas de todas las edades se mezclan en los lugares de trabajo y de aprendizaje.

4) a — El aprendizaje ya no responde a los fines preestablecidos de una sociedad que busca

<sup>1</sup> Todas las citas han sido sacadas de *The Alternative to schooling*, versión ampliada, DOC A/E 71/341, CIDOC.

formar a los individuos y los grupos para convertirlos en sirvientes disciplinados de un orden que escapa a su control; por el contrario, el aprendizaje responde a los intereses y a las necesidades de individuos y de grupos (comunidades, comunas, colectivos) que persiguen sus propios fines y acondicionan ellos mismos su medio de vida;

b — La adquisición de un saber deja de ser consagrada por un diploma y no acarrea ni monopolio ni privilegios;

c — Por ende, las calificaciones dejan de ser escasas. Todos los que adquieren un saber son iguales, tanto a la entrada como a la salida del proceso de aprendizaje. Su igualdad se asegura en la práctica por la ayuda mutua, es decir por la ausencia de exámenes y de calificaciones, por el rechazo a la competencia y a la dominación de los más fuertes sobre los más débiles. El afán permanente del grupo de aprendizaje es impedir los fracasos individuales.

En resumen, la diferencia fundamental entre los aprendizajes escolarizado y desescolarizado no es ni técnica ni metodológica (pedagógica) ni de organización, sino cultural y política: la desescolarización de la actividad de aprender implica “La inversión” (tal como se ha definido en 4-a) de una institución clave; y semejante inversión no

puede realizarse más que en una sociedad a su vez desescolarizada y “reequipada”: la desescolarización supone una “mutación cultural” por la cual las personas, individual o colectivamente, vuelven a conquistar su soberanía sobre su vida, su ambiente, la naturaleza y el fin de su trabajo.

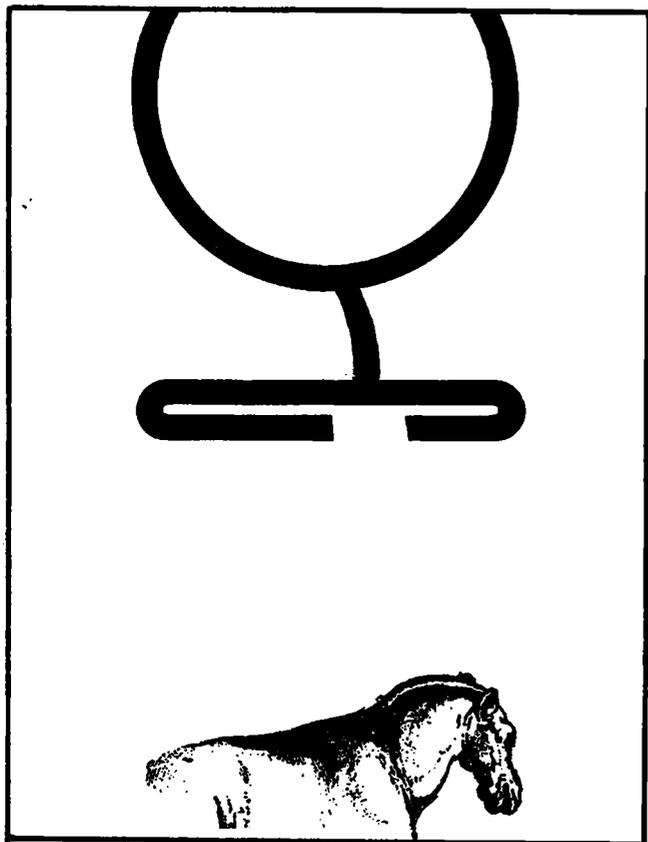
## II

La determinación soberana de los fines (individuales o colectivos) que se tratan de alcanzar es la primera condición de un aprendizaje desescolarizado. La necesidad y el deseo de aprender no pueden surgir más que si somos amos de los fines del aprendizaje y de la utilización que haremos de nuestro saber. Si la educación “recurrente” de los adultos debe tener un sentido, su primer afán debe ser estimular su deseo de aprender, lo cual quiere decir: permitirles que determinen los fines para cuya realización ellos experimentarán la necesidad de nuevos conocimientos.

Ahora bien, las sociedades industrializadas no permiten la autodeterminación y la actividad autónoma a los individuos “normalmente socializados”. Tan sólo una minoría de artistas, de escritores, de marginales y de militantes tiene una actividad autónoma y siente la necesidad de aprender cada vez más. La inmensa mayoría de las personas está constreñida a un trabajo predefinido por fines preestablecidos. Jamás se les preguntó si querían trabajar, cómo y por qué. No tienen nada que decir acerca de lo que conviene producir, para quién y de qué modo. Se les ha asignado su lugar en la división jerárquica del trabajo y nunca se les da la oportunidad de perseguir fines elegidos por ellos y actuar por su propia iniciativa. Por tanto tampoco pueden querer adquirir nuevas calificaciones: éstas o no les servirían de nada en el trabajo que desempeñan, o bien, suponiendo que sí les sean útiles, servirían a los fines preestablecidos por el patrón o la dirección general.

Para la inmensa mayoría de los trabajadores, la educación recurrente debe pues acompañarse o bien de una transformación radical del proceso de trabajo y de las relaciones sociales de producción, o bien reducirse a una estrategia mediante la cual el patronato, o la sociedad en su conjunto, tratan de obtener una mejor adaptación de los trabajadores a los empleos, a los procesos de trabajo y a los fines definidos fuera de ellos.

Tal es evidentemente la función de la educación recurrente, en la forma en que la desarrollan actualmente los gobiernos y las compañías capitalistas: la formación ofrecida a los adultos no ha



sido ni definida ni escogida *por* ellos en función de sus necesidades y de sus fines propios. Por el contrario, fue definida y escogida *para* ellos, con el fin de ajustarlos mejor a los cambios tecnológicos y a la cambiante estructura de la mano de obra. Ninguno de los criterios que definen la desescolarización se aplica a los programas y a las políticas actuales de educación recurrente.

### III

Los abogados de esas políticas aseguran que su fin esencial es otorgar una "segunda oportunidad" a los trabajadores que, "debido a su formación insuficiente", hacen un trabajo aburrido o se hallan sin empleo. Lo cual deja suponer que:

1) están sin empleo las personas que no tienen la calificación requerida en los empleos disponibles;

2) son obreros calificados las personas que no tienen la calificación requerida en los empleos más agradables.

Veamos esos dos postulados más de cerca:

1) El desfase entre la estructura de las calificaciones y la estructura de los empleos disponibles permite explicar el desempleo residual en periodo de rápido crecimiento. Las causas principales de

desempleo, sin embargo, son: a) un excedente de mano de obra, estructuralmente inempleable, y b) en menor medida, el rechazo de las personas a efectuar trabajos que consideran degradantes, repugnantes o subpagados.

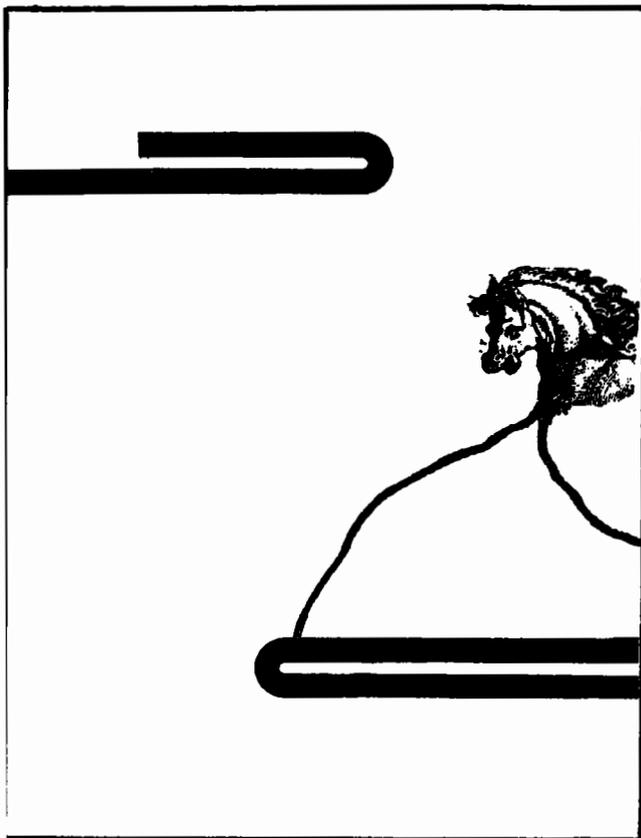
Al poner el acento sobre la inadecuación de las calificaciones a los empleos disponibles, la educación recurrente no ofrece ni una explicación ni un remedio al desempleo masivo en las grandes ciudades y las regiones deprimidas. Por el contrario, desvía la atención de las razones reales del desempleo acusando a las víctimas de ser, por su "inadecuación", las responsables.

Los programas educativos no son eficaces contra el desempleo más que si ayudan a los desempleados a producir según sus necesidades, es decir a establecer sus programas locales de desarrollo autónomo. En todos los demás casos, los programas de formación de los adultos son una mistificación: no aportan ni empleo ni "formación". No tienen nada que ver con la desescolarización. Sería más correcto llamarlos programas de *escolarización recurrente*.

2) Cuando asegura querer abrir a los trabajadores el acceso a mejores empleos, la educación recurrente implica un interesante enjuiciamiento de la escuela: ésta había descuidado, asfixiado o dejado yermas, capacidades o talentos que la educación de los adultos se propone desarrollar. Gracias a esto una creciente proporción de trabajadores podría efectuar trabajos calificados.

Sin embargo, esta visión optimista carece de todo fundamento. En efecto, no es la escasez de las personas capaces de aprender ni la escasez de las personas capaces de educarlos lo que ha provocado la escasez de los empleos calificados. Por el contrario, una de las funciones de la escuela siempre fue producir un importante "desecho", es decir una gran proporción de jóvenes sin calificación reconocida y persuadidos por su fracaso escolar (y, previamente, por sus maestros) de que eran incapaces e indignos de convertirse en otra cosa que en ejecutantes. La producción de mano de obra no calificada, disciplinada y obediente, siempre ha sido y sigue siendo una de las funciones centrales de la escuela. El trabajo parcelario y, luego, el taylorismo, no se introdujeron debido a la escasez de trabajadores capaces de asegurar tareas complejas, sino porque los trabajadores parcelarios eran más inmediatamente productivos y por lo tanto más rentables, más fáciles de disciplinar y de constreñir a los rendimientos predeterminados.

Si la educación recurrente tuviese realmente como fin volver al trabajo más interesante y más



agradable, debería ir siempre a la par con la supresión de las tareas embrutecedoras, repetitivas y no calificadas. Una reorganización completa de la división jerárquica del trabajo, de la tecnología de producción y de las relaciones de producción se requerirá entonces.<sup>2</sup> En ausencia de semejante revolución del proceso de trabajo, la educación recurrente no puede garantizar a todos oportunidad igual de acceso a empleos calificados: no será sino una tentativa más de enseñar a los trabajadores lo que los patrones y los cuadros quieren enseñarles (o “desaprenderles”). De hecho, la formación recurrente facilita a las empresas su política de obsolescencia acelerada de las máquinas, de los métodos y de las calificaciones. El reciclado se vuelve para muchos trabajadores el medio, no de hallar un empleo mejor, sino de conservar el empleo que han hallado. En la mayoría de los casos, la “promoción por la formación” y la “segunda oportunidad en la vida” son trucos para hacernos aceptar una escolarización permanente conforme a los intereses de la empresa que nos emplea.

#### IV

Cuando se les pide que “se perfeccionen” para que no sean descalificados o echados, la mayoría de los trabajadores aprenden lo necesario para no ser eliminados. No puede haber deseo de aprender si el aprendizaje no tiene relación con los fines y una actividad que sean las nuestras.

A la inversa, cuando los individuos se unen en una acción que les es propia, su necesidad y su capacidad de aprender se desarrollan a una velocidad asombrosa. Al hacer la experiencia de su soberanía posible en la fábrica, la oficina o el barrio, ellos se descubren capaces también de adquirir y de utilizar por sí mismos los conocimientos que necesitan para extender su acción. Un hambre insaciable de saber los lleva en poco tiempo a interesarse por todo, a liberarse de sus “complejos” frente a la “cultura”. La experiencia de los “Lip” fue ejemplar desde este punto de vista: en ningún otro momento de la vida habían

---

<sup>2</sup> La transformación conjunta de la escuela y de la organización del trabajo figura desde hace varios años entre los objetivos de la FLM (Federación unificada de los trabajadores metalúrgicos) italiana. Cf. en particular Antonio Lettieri, “L’Usine et l’Ecole” (La fábrica y la escuela) en *Critique de la Division du Travail* (Le Seuil) (Crítica de la división del trabajo) y Bruno Trentin, “Organizzazione del Lavoro e Strategia Operaia” en *Scienza e Organizzazione del Lavoro*, Vol. 2, Editori Riuniti, 1973.

leído tanto, oído, actuado y aprendido. Es que esos obreros en huelga se hallaban en una “situación educativa”: comprometidos en una tarea que se habían fijado a sí mismos, necesitaban adquirir conocimientos y capacidades nuevas para su realización.

Más que de instituciones especializadas, la educación permanente resultará del hecho que los individuos se coloquen permanentemente en situaciones educativas: es decir, en situaciones en que tengan que determinar ellos mismos, individual y colectivamente, su manera de vivir y de trabajar, su ambiente y la naturaleza de sus instrumentos. La separación entre trabajar y aprender se vuelve entonces imposible: se sigue aprendiendo para hacer lo que se desea hacer y se sigue haciendo algo nuevo por haber descubierto posibilidades nuevas.

“Le programme caché de l’éducation permanente”  
*LES TEMPS MODERNES*, No. 340, noviembre de 1974.

